

## INTRODUCCIÓN

La mayor parte del territorio español se ubica en lo que llamamos medio rural, y los habitantes de estos territorios tienen un papel fundamental en la gestión y mantenimiento del patrimonio natural y cultural, que permita su conservación para las futuras generaciones. Aun así, el despoblamiento es una grave amenaza a la supervivencia de los territorios rurales. Un modelo de desarrollo economicista, basado en la producción intensiva e ilimitada de bienes de consumo, con grandes polos de desarrollo urbano-industrial, ha relegado el medio rural a una posición subsidiaria y empobrecida. El proceso de éxodo rural vivido en España desde los años 30 ha sido masivo y selectivo, afectando de manera especial a las mujeres y a los jóvenes. La industrialización de la agricultura ha multiplicado la producción y ha reducido el empleo de mano de obra. En este marco de desarrollo las mujeres fueron las primeras expulsadas del proceso de producción agraria, la mayoría emigró a las ciudades, y las que se quedaron fueron confinadas al espacio material y simbólico de lo doméstico, aunque siguieron trabajando en el campo como mano de obra invisible. Por otro lado, en este proceso los hombres han adquirido más poder y reconocimiento social con una agricultura comercialmente más potente.

Un modelo de desarrollo es una trama de producción de una sociedad, que se ancla tanto en las dimensiones objetivas, de producción de bienes y servicios, como en las dimensiones subjetivas de producción de los sujetos sociales, que sostienen las relaciones sociales y productivas de dicha sociedad. Así, el despoblamiento del medio rural es un fenómeno complejo, que debe ser pensado en su complejidad, en el que, además de factores económicos, como la falta de perspectivas laborales y la escasez de servicios, también intervienen factores de orden psicosocial ligados, por ejemplo, a una imagen negativa de lo rural y de sus habitantes, a una imagen idealizada de lo urbano y al reparto de papeles sociales en las relaciones de género. En la presente investigación, hemos intentado profundizar en el estudio de factores psicosociales que subyacen a los procesos de desarrollo socioeconómico y que deben ser necesariamente contemplados en una intervención para frenar el despoblamiento del medio rural.

Hace doce años, después de haber nacido y vivido siempre en ciudades grandes, me trasladé a vivir a una pequeña población rural de la Montaña Palentina. Las experiencias e interrelaciones con los habitantes del medio rural anteriores al inicio formal de la investigación dejaban entrever la existencia de una minusvaloración de la “gente de pueblo” en comparación con la “gente de ciudad”, una especie de estigma ligado a los orígenes rurales y a las representaciones de la ruralidad. Así empezó a perfilarse lo que sería el “problema de investigación”: ¿por qué las personas se marchan de los pueblos pequeños?, ¿por qué se marchan más las mujeres?...

En los inicios de estos planteamientos, hemos decidido que el primer paso podría ser consultar las definiciones que aparecen en el diccionario de la Real Academia Española (21ª ed., 1994) como espejo oficial de la lengua castellana, suponiendo que las definiciones aquí encontradas manifiestan un universo semántico socialmente representativo en el marco del Estado español.

Así, en el diccionario de la Real Academia Española nos encontramos con que “urbanidad” significa: “*cortesanía, comedimiento, atención y buen modo*”; siguiendo en esta línea, “urbano/a” significa en primer lugar “*perteneciente o relativo a la ciudad*”; y, a continuación: “*cortés, atento y de buen modo*”. Por otro lado, y en un sentido opuesto, a “pueblerino” se atribuye el siguiente significado: “*perteneciente o relativo a un pueblo pequeño o aldea*”, y a continuación: “*dícese de la persona de poca cultura o de modales poco refinados*”. En el mismo diccionario la palabra “Pueblo”, se define como “*población de menor categoría*”; y “urbanizar” es “*hacer urbano y sociable a uno*”.

Como se puede comprobar, la polarización entre pueblerino y urbano es evidentemente ventajosa hacia los habitantes de las ciudades, con una imagen claramente más positiva. También hemos buscado el significado de la palabra “rural”, por ampliar el abanico de posibilidades, y nos encontramos con que rural significa “*perteneciente o relativo al campo y a las labores de él*”, y en un sentido figurativo significa “*inculto, tosco, apegado a las cosas lugareñas*”. Por “campesino/a” se entiende, según dicho diccionario, “*la persona que vive y trabaja de ordinario en el campo*”, pero también “*silvestre, espontáneo e inculto*”.

Después de encontrarnos con estas definiciones, nos pareció todavía más importante investigar sobre las imágenes de lo rural, y de cómo un universo simbólico marcado por estas representaciones puede estar definiendo una forma de relacionarse y una autoimagen en las poblaciones rurales que les podría hacer marcharse a la ciudad y desear “urbanizarse” y “socializarse”, intentando quitarse el estigma de “inculto, tosco, silvestre, etc.”, aunque la motivación socialmente confesable y legitimada por el entorno sea la de buscar trabajo o estudiar en la ciudad, porque “en el pueblo no hay posibilidades”. Los procesos de comparación intergrupal tienen repercusiones sociales y personales importantes, considerando que la construcción de identidades sociales positivas es una necesidad básica del ser humano (Ovejero, 2000b). Así, la ubicación en un grupo social que recibe tales valoraciones podría implicar la construcción de identidades sociales poco satisfactorias, generando deseos de cambio social.

Los factores productivos y económicos y las representaciones de lo rural parecen actuar dialécticamente, de tal modo que los efectos contingentes de los procesos socioeconómicos históricos van siendo internalizados y naturalizados. Es decir, las condiciones coyunturales de empobrecimiento en el campo y enriquecimiento en la ciudad son confundidas, al nivel de las representaciones sociales, con contenidos negativos esenciales de lo rural y contenidos positivos esenciales de la ciudad. Estos procesos de construcción de las subjetividades que sostienen las relaciones de discriminación social de unos grupos por otros, son complejos y están entrelazados de forma constitutiva en los procesos de desarrollo socioeconómico de los territorios, generando las condiciones de posibilidad del despoblamiento o del desarrollo rural. Entender estos fenómenos es una tarea compleja y exige ampliar las claves de interpretación de la realidad, que no pueden limitarse solo a una lectura económica del desarrollo humano. Otras disciplinas, como la Psicología Social, aportan un marco teórico que nos permite entender distintas claves del éxodo y del desarrollo rural, que no son habitualmente manejadas en las políticas y programas de intervención.

En el primer capítulo de este libro, hacemos una revisión de cómo se construye la identidad social, partiendo de la teoría de las representaciones sociales y sus relaciones con otras teorías importantes en nuestro marco teórico, como la propia teoría de la identidad social de Tajfel (1983 y 1984) y Turner (1983). Por representaciones sociales,

entendemos procesos grupales y colectivos de apropiación afectivo-cognitiva de la realidad, construyendo conocimientos de sentido común a partir de las referencias simbólicas del grupo de pertenencia. Las representaciones sociales posibilitan la simplificación y aprehensión de los conocimientos sobre un objeto social, marcando las pautas comportamentales en las situaciones de interacción intra e intergrupar con relación a dicho objeto.

Serge Moscovici (1976) demostró que hay conjuntos de ideas contruidos y compartidos colectivamente sobre las personas y grupos y que a partir de ellos se hacen lecturas de la realidad que afectan a los comportamientos y a las relaciones sociales. Según Jodelet (1986), las representaciones sociales son una forma de pensamiento social, el saber de sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente contruidos. Constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social. Este proceso de construcción y apropiación de las representaciones sociales tiene un papel significativo en la formación de las identidades personales y sociales (Ibáñez, 1988), en la medida en que las representaciones sociales sirven de referencia para la comparación intergrupar y para la transmisión de los valores considerados propios a un grupo. Los sujetos y los grupos se constituyen compartiendo representaciones sobre un objeto social o diferenciándose de ellas.

Una parte importante de las representaciones sociales son los estereotipos, que son definidos por Tajfel (1984) como una imagen mental muy simplificada de alguna categoría de personas, institución o acontecimientos, que es compartida por un gran número de personas. Los estereotipos permiten, entre otras funciones, la comparación entre los miembros de un mismo grupo y de éstos con miembros de otros grupos. Los estereotipos se conciben también como un sistema de creencias, poco elaborados, sobre la probabilidad de que los miembros de un grupo se comporten, sientan y piensen de una determinada manera, actuando como una regla cognitiva de decisiones y resolución de problemas en las situaciones de interacción social (Páez y Ayestarán, 1987).

La construcción de la identidad social se basa en la conciencia de pertenecer a uno o varios grupos sociales de referencia, con la significación afectiva y cognitiva que resulta de la evaluación de esta

pertenencia (Bourhis, Gagnon y Mõise, 1996). La Teoría de la Identidad Social, desarrollada por Tajfel (1982, 1983 y 1984) y Turner (1983), es central en nuestra investigación, pues muestra como los individuos procuran mantener o aumentar su autoestima accediendo a una identidad social positiva y como el hecho de pertenecer a un grupo social facilita o dificulta esta tarea, en función de las valoraciones positivas o negativas del grupo de referencia en el proceso de comparación intergrupala.

Abric (1984) considera las representaciones sobre el grupo social como el elemento nuclear sobre el que se organizan las otras representaciones, la de uno mismo, la de los otros grupos y la del sistema de atribuciones sociales. Ovejero (2000b) apunta que una de las necesidades básicas del ser humano es construir una autodefinición positiva. En el mismo sentido, Capozza y Volpato (1996) señalan que la pertenencia a grupos menospreciados provoca malestar e incluso sufrimiento. En este sentido, nos preguntamos, ¿en qué medida las representaciones sociales de la ruralidad, facilitan o dificultan la construcción de una identidad social positiva? O, en algunos casos, ¿en qué medida las representaciones negativas de la ruralidad suponen un motivo de malestar o de sufrimiento personal?

Para situar el contexto en el que estamos trabajando y buscar respuestas a estas y otras cuestiones, en el segundo capítulo tratamos de los conceptos relacionados con el conocimiento del medio rural y de los procesos de desarrollo que lo afectan. Lo rural es una construcción social que ha experimentado importantes transformaciones a lo largo del siglo XX. El despoblamiento, además de ser fruto de la realidad socioeconómica que ha transformado radicalmente los modos de producción en las últimas décadas, también es el resultado de factores psicosociales que influyen en las decisiones de los individuos y conforman las identidades de los grupos humanos. Entrena (1998) afirma que la mayoría de los autores del pensamiento sociológico clásico en Europa, que analizaron la transición de la sociedad tradicional a la moderna, dedicaron poca atención a los aspectos referentes a la agricultura y a la vida rural, centrando su atención en las sociedades urbano-industriales.

Esta perspectiva “determinó la mentalidad de amplios sectores de la población y la de casi todos los artífices de las políticas agrarias hasta pasada la primera mitad del siglo XX, menospreciaba la importancia de la

sociedad rural, a la que consideraba, despectivamente, como un mundo arcaico o atrasado que tenía que ser transformado y superado por innovaciones culturales y socioeconómicas procedentes de las ciudades y de la industria. En consecuencia, a lo rural se le asignaba el papel de receptor pasivo de esas innovaciones, que habrían de modelarlo y adaptarlo a las exigencias y características de la sociedad urbano-industrial, concebida de manera acrítica como el paradigma supremo de la civilización” (Entrena, 1998, p. 127). Así mismo, esta concepción de la relación rural-urbano, también se ha reflejado en las representaciones sociales de la ruralidad, marcando una mirada valorativa sobre unos y otros contextos.

Por otro lado, las mujeres en el medio rural, además de participar de las miradas sobre de la ruralidad, han vivido también las discriminaciones añadidas de género, lo que configura un espacio social específico de desarrollo personal al que dedicaremos el interés de este trabajo. Las mujeres han estado confinadas, bajo un fuerte control social, al papel tradicional que las vincula históricamente a las tareas domésticas y de cuidados. Ahora bien, en el medio rural, sin embargo, el papel de las mujeres no se ha limitado solo al hogar. Las mujeres en las familias de agricultores y ganaderos casi siempre han tenido una doble jornada, pues han aportado su fuerza de trabajo también en labores agrarias, dedicándose, como trabajadoras invisibles, principalmente al autoabastecimiento del hogar. Aunque esta situación se ha dado sin que ello fuese considerado como trabajo productivo a efectos de reconocimiento social y económico, considerándose como extensión del trabajo doméstico, que les correspondía a las mujeres por su condición de género.

Vemos, a lo largo de nuestra investigación, que las cuestiones socioeconómicas y psicosociales referentes a la ruralidad están interrelacionadas con las cuestiones de género. Por género, entendemos una categoría analítica (Harding, 1996) que enmarca los papeles sociales culturalmente esperados y construidos distintamente para hombres y mujeres. Está relacionado con el proceso de socialización y con la apropiación de las características grupales asignadas a los miembros del propio grupo sexual, organizando toda la actividad social. El tercer capítulo de este trabajo está dedicado a los desarrollos

teóricos de este concepto en las ciencias sociales y las cuestiones relacionadas con la ruralidad. El reparto de tareas entre hombres y mujeres, lejos de fundamentarse en las diferencias biológicas, es un constructo socio-histórico, que legitima la dominación masculina y que tiene profundas raíces en el imaginario social de la humanidad.

Posiblemente, una mayor dificultad para romper con los moldes tradicionales de los papeles sociales atribuidos a las mujeres en el medio rural, donde el control social es más masivo y efectivo, ha hecho que muchas de ellas buscasen una alternativa en la emigración. La situación económica coyuntural de una sociedad en expansión industrial en las ciudades, demandando mano de obra, y en recesión en el campo con la desvalorización de las actividades agrarias, ha creado el contexto que propiciaría el cambio social. Las madres en el medio rural, descontentas con su propia situación personal, empujan a las hijas a buscar un futuro diferente en las ciudades, con una mayor valorización social. El medio rural sufre hoy los efectos de políticas de desarrollo que han privilegiado las ciudades y abandonado el campo, así como de un sistema patriarcal que discrimina y limita a las mujeres en su desarrollo personal y profesional.

En las últimas décadas, a partir de los años 80, vemos una transformación importante en las representaciones sociales de la ruralidad. La decadencia del modelo urbano-industrial hace ver la insostenibilidad de un modelo de desarrollo económico basado en la producción y el consumo ilimitados. La urbanización desenfrenada ha puesto de manifiesto los inconvenientes de este modelo: la contaminación medioambiental, el desempleo provocado por la automatización de la industria y la informatización de las redes de servicios, la inseguridad ciudadana, el estrés, etc. Por otro lado, el medio rural aparece cada vez más asociado a la calidad de vida y a la conservación del patrimonio natural y cultural. Las nuevas necesidades de las sociedades posmodernas, vinculadas al ocio y a la naturaleza, vienen transformando también las representaciones sociales de lo rural, con una revalorización de éste y la construcción de imágenes marcadas por la naturaleza y la vida en el campo.

El medio rural vive actualmente una situación de diversidad económica y social, donde las diferencias entre lo rural y lo urbano en Europa van disminuyendo bajo los efectos de los procesos de globalización. Los programas de desarrollo rural llevados a cabo en las últimas décadas,

no han llegado a producir cambios económicos significativos, sin embargo, han producido una gran visibilidad en los procesos rurales, que marcan una diferencia cualitativa importante. Los programas de desarrollo se han convertido en grandes escaparates de las transformaciones y de la diversidad del medio rural, dirigidos por una clara orientación hacia la calidad de vida. En este panorama, las mujeres vienen adquiriendo un protagonismo creciente, pues las nuevas funciones del medio rural se vienen asociando al sector servicios, en el que las mujeres están encontrando una clara vinculación entre su papel tradicional y las nuevas áreas de profesionalización, como son el cuidado a personas dependientes, el turismo rural y las artesanías.

Partiendo de estos planteamientos teóricos, consideramos que las representaciones sociales de la ruralidad y los papeles sociales de las mujeres en el medio rural están implicados en la construcción de identidades sociales más o menos satisfactorias. Procuramos poner de manifiesto el contenido de las representaciones sociales sobre lo rural y el grado de activación de estereotipos negativos, que pueden estar ligados a una idealización de lo urbano. Analizamos, así mismo, las transformaciones en el papel social y profesional de las mujeres que viven actualmente en el medio rural, y cómo actividades ligadas a los nuevos yacimientos de empleo, que se están poniendo en marcha en la diversidad de la realidad rural, están influyendo en la construcción de las identidades sociales y de género.

Centramos nuestra atención en la Montaña Palentina, que es una zona de alta montaña con significativas limitaciones de comunicaciones y accesos, situada en el extremo norte de Palencia. Es la comarca más alejada de la capital de la provincia, situada de ella a más de 100 km. Es una comarca típicamente rural de Castilla y León, con una economía basada tradicionalmente en la minería de carbón, la agricultura, ganadería y una localizada industria galletera. La emigración ha sido masiva hacia las ciudades, y la población que persiste se va concentrando paulatinamente en las cabeceras de comarca: actualmente más de dos tercios de la población reside en cinco pueblos de la Montaña Palentina (Aguilar de Campoo, Barruelo de Santullán, Cervera de Pisuerga, Guardo y Velilla del Río Carrión), y el otro tercio reside en los 159 pueblos restantes. Ninguno de los municipios llega a los 10.000 habitantes y solamente dos de ellos, Aguilar de Campoo y Guardo, superan los 5.000.

Desde 1998, en la Montaña Palentina se vienen llevando a cabo proyectos para la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres dentro de las Iniciativas Comunitarias NOW y LEADER. Esta experiencia ha puesto de manifiesto dificultades vinculadas a los papeles tradicionales y a la imagen de las mujeres en el medio rural, que obstaculizan la plena inserción de éstas en la vida sociolaboral y en la ciudadanía. Por otro lado, la ejecución de estas Iniciativas Comunitarias también ha permitido poner en marcha iniciativas empresariales y de economía social que vinculan las mujeres a los nuevos yacimientos de empleo y a nuevos espacios profesionales en el desarrollo rural.

Con el presente trabajo procuramos analizar las transformaciones en el papel social de las mujeres del medio rural y las referencias significativas en la construcción de sus identidades sociales, identificando el contenido de las representaciones sociales de lo rural y lo urbano para ellas. Utilizamos de forma complementaria datos y técnicas cualitativas y cuantitativas, con la intención de profundizar en las temáticas tratadas y en el conocimiento comprensivo de la realidad social. En un primer momento de la investigación, empleando el diferencial semántico de Osgood, Suci y Tannenbaum (1957/1976), procuramos ubicar conceptos relacionados a los de “rural” y “urbano” en el universo semántico de las habitantes del medio rural, posibilitando un análisis comparativo entre tres grupos de mujeres: emprendedoras, estudiantes y amas de casa. En un segundo momento, a partir del análisis de los primeros resultados, realizamos un estudio de casos empleando sucesivamente dos técnicas cualitativas: entrevistas en profundidad y grupos de discusión. Trabajamos las variables cualitativas a partir de los discursos de los diferentes grupos de mujeres. Los grupos de discusión posibilitan contrastar la información obtenida en las entrevistas y propiciar la triangulación de los datos. Con el objetivo de facilitar la comprensión de los resultados de nuestra investigación, el cuarto capítulo de este libro está dedicado a explicar brevemente la metodología empleada para la recogida de datos y la realización de los análisis.

En el quinto capítulo presentamos y analizamos los resultados de las valoraciones atribuidas por las mujeres a lo rural y lo urbano, procurando ubicar gráficamente cada uno de los conceptos en el campo semántico de los grupos de participantes. Y el capítulo sexto consiste en el análisis de las entrevistas de las mujeres, donde profundizamos en el discurso construido por ellas sobre las representaciones sociales de lo rural

y lo urbano, así como sobre los papeles sociales de las mujeres rurales y urbanas, sus experiencias vitales y perspectivas de futuro.

El discurso tiene protagonismo en nuestra investigación, como prácticas sociales que construyen la realidad cotidiana. El lenguaje no solamente expresa la realidad, sino que la configura en las relaciones sociales que dan significado al mundo. Los análisis realizados parten del contexto concreto de construcción de los discursos, considerando la ubicación geográfica, histórica y cultural de los grupos de mujeres participantes, como veremos más adelante.

Con esta investigación pensamos que es posible conocer los contenidos de las representaciones ligadas a la ruralidad y sus protagonistas, a la vez, identificamos las transformaciones en el papel de las mujeres en los entornos rurales y las dificultades que persisten. En las conclusiones señalamos brevemente, posibles actuaciones para un desarrollo rural con perspectiva de género, basadas en la valorización de los roles profesionales y sociales de las mujeres, en el sentido de mejorar la calidad de vida en el medio rural y promover un desarrollo integral sostenible. Procuramos sistematizar algunas contribuciones que desde la Psicología Social se viene aportando para plantear e implementar un desarrollo rural más centrado en las personas y que rompa con la tendencia economicista que predomina en el modelo de desarrollo neoliberal. Intentamos, al menos, incluir la Psicología Social entre las áreas de conocimiento que tiene mucho que decir en el desarrollo rural, como campo de investigación e intervención social que exige una mirada compleja y amplia.